

Destino de espejo y otros cuentos

Susana Kesselman



**Mientras esperás,
no esperes para leer**

Destino de espejo

* Susana Kesselman *

A l pasar desnuda por el gran espejo (¿espejo nuevo?), comprobó que ése no era su cuerpo.

Ella recordaba que la última vez que se había observado en un espejo de cuerpo entero, no hacía tanto tiempo (¿cinco años?), tenía el pecho muy erguido y el vientre, aunque algo voluminoso, espléndido. Quizás sus piernas tuvieron alguna similitud con las que acababa de observar en su rápido atravesar por el espejo. Se sonrió. ¿Acaso era Alicia que atravesaba los cristales? Tal vez había pasado muy rápido por delante del espejo y debería detenerse más tiempo para tener una opinión mejor formada.

La decisión de volver a pasar por delante del espejo le creó intranquilidad. La de detenerse un cierto tiempo para observar con cuidado los detalles podría decirse, sin exagerar, que la llevaba a un fuerte temblor en las piernas, acompañado por una puntada en el pecho.

—Pero ¿qué es esto? Yo, que he participado en tantas manifestaciones feministas de diferentes colores, una experta en todos los derechos humanos, me vengo ahora con estas preocupaciones —reconoció a regañientes.

Y, como para animarse, en voz muy alta, recitó:

“Destino de espejo”, “Casa tomada”, “Recetario” y “Las pequeñas cosas” de Susana Kesselman.

En *El pensamiento corporal*. Grupo Editorial Lumen.

© Editorial Distribuidora Lumen SRL 2005

Imagen de tapa: Maitena. Superadas 2.

Diseño de tapa y colección: Campaña Nacional de Lectura

Colección: “Mientras esperás, no esperes para leer”

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología

Unidad de Programas Especiales

Campaña Nacional de Lectura

Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129-1075

campnacionaldelectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/lees

República Argentina, 2006

—¡Mujeres del mundo, uníos! No, no es ésa la frase que debo empuñar, digo decir, digo pensar.

No se dio por vencida; ella era muy fuerte y ya se lo había probado en muchas ocasiones. Ésta era una más.

—¡La mujer no nace, se hace!

Tampoco esa frase surtió el efecto que buscaba.

Mientras escogía algunas frases y desechaba otras, soltó su lengua con un gran chasquido: ¡Pfrgrpfr!

Y, repitiéndolo en distintos idiomas, se fue acercando al espejo con decisión, con valentía, con el heroísmo que la había caracterizado en otras gestas.

Se miró de frente.

Observó con detalle la cara, el pecho, el vientre, las piernas.

Decididamente, esa mujer que aparecía en el espejo no era ella.

Debía reconocer que tenía cierto parecido con su hermana, un aire familiar con su tía, la forma de la nariz del padre, las canas de la madre, las piernas flacas de la abuela. Fue recobrando la calma. Sus piernas estaban más firmes, y la puntada en el pecho había desaparecido casi completamente.

Mañana haría retirar el espejo de su casa; en su lugar, pondría su foto predilecta: desnudita sobre la cama cuando tenía seis meses.

Salió de su casa más tranquila. No podía perder tiempo con esas tonterías, la reclamaban sus mujeres, sus luchas por un envejecimiento digno y saludable. Una única duda pareció entorpecer su paz:

¿Quién era la mujer que se veía en el espejo?

Casa tomada

* Susana Kesselman *

Cuando B. vio el libro de anatomía y observó el espacio que ocupaba el hígado en el cuerpo, entendió que ya no habría lugar para *nadie* más. Comenzó a sentir que las costillas habían quedado estrechas, que había perdido sus espacios intercostales y que su respiración peleaba por un lugar como un soldado a punto de definir el combate.

Quedó inmóvil.

Estaba segura de que, si se movía, el hígado invadiría los órganos vecinos hasta escaparse por los pies.

Con mano cuidadosa, para no derramarse, tocó sus costillas. No encontró lo que esperaba.

Estaban en el mismo lugar que otra veces. Ella no se dejaría engañar. Todo era tan natural que resultaba extraño.

Con audacia, sacudió su cuerpo suavemente y comprobó que un lleno total la había invadido.

El agotamiento la precipitó en el suelo, que la calmó, de momento.

Muy atrás habían quedado algunas cuestiones de vida. El recuerdo de su marido con otra mujer y de su hija reclamando libertad.

Todo resultaba pequeño frente a un hígado que no cesaba de crecer y que parecía haber extraviado la mudez de su h.

De repente, un sonido a globo pinchado se hizo evidente, ¿consecuencia de la caída? B. descubrió que su cuerpo iba recuperando las dimensiones habituales, las sensaciones de siempre. ¿De siempre?

Pero... ¿cuándo habría otra invasión? ¿Desde qué lado vendría? ¿Qué otro órgano la intentaría? ¿Cómo organizar una defensa efectiva frente a los desbordes? Interrogantes que la mantendrían ocupada por mucho tiempo.

Recetario

* Susana Kesselman *

Todas las mañanas, antes del desayuno, la mujer sube y baja por una escalera colocada en el centro de la habitación. Doscientas veces entre unas y otras, y se dice que ya no puede comenzar sus obligaciones diarias.

—Por aquello de la vejez, aclara, no sea que te encuentre desprevenida.

A media mañana, sus compañeros de oficina la sorprenden en una serie de movimientos que, a simple vista, son ininteligibles. Mira a su compañera de la derecha y luego a su compañera de la izquierda, con gran velocidad, lo que no le permite ver el gesto de ellas en un esbozo de respuesta (¿saludo?) a su gesto. Cuenta trescientas repeticiones a ambos lados y, aunque hay momentos en que pierde la cuenta, sumida en otros pensamientos, no deja de hacer sus movimientos hasta que una incómoda contracción de cervicales, ya anunciada cien movimientos antes, dice: ¡Basta!

—Por aquello de la artrosis, no sea que te deje inmóvil.

Para descansar su cuello, algo resentido por el

vapuleo inquieto de minutos previos, decide levantar sus dos manos, y en un apretón (¿felicidades?) de una mano con la otra, al modo de un rompenueces, produce una ligera convulsión en su cuerpo.

—Por lo de los pechos, explica, no sea que se te caigan.

Cuando llega el horario de su almuerzo, la señora abre un gran bolso y saca de su interior una manzana y un pequeño bol con arroz integral, que come muy lentamente, como contando la masticada.

—Por aquello del cáncer. Recuerda.

Los escritos se apilan en su escritorio sin resolverse, frente a ocupaciones más valederas.

—Esta noche los llevaré a casa y allí trabajaré hasta terminarlos, piensa seriamente.

Por la tarde, antes de beber su achicoria, se tumba en el suelo del baño de la oficina que es bastante amplio y levanta sus piernas una y otra vez hasta el jadeo y todavía un poco más, para evitar el sedentarismo, que es el verdadero enemigo de la salud y de la estética. Al principio siente cierto pudor por las compañeras que van allí a fumar su cigarrillo, pero consigue vencerlo y hasta las convence de abandonar el vicio.

Al salir de la oficina, regresa a su casa caminando. Le molesta la contaminación que le sale al paso, pero igual camina, evitando respirar demasiado para no tragar humos insalubres.

—Las piernas son el segundo corazón, dice, resaltando la importancia de las caminatas.

Llega a su casa, un tanto cansada por el trajín, pero recuerda que había olvidado sus ejercicios con los músculos de la cara, muecas poco estéticas que le traen vergüenza propia cuando las ejercita en público, pero decide dejarlos para un poco más tarde, después de los trabajos con los pies, que en este momento son más urgentes. Se dice que debe preparar un poco más de arroz integral e ir terminando las tareas pendientes, ¿después o antes? de su baño con hierbas relajantes.

El teléfono la sorprende ante esta disyuntiva y contesta “NO” a una invitación al cine, porque el tiempo es limitado y no alcanza para todo. Y, mientras va terminando el día, piensa en su merecido descanso sobre una cama de madera.

—Por aquello de la postura —se dice—. No sea que la vida te plante una escoliosis, y no puedas mirarla más de frente.

Las pequeñas cosas

* Susana Kesselman *

Un suspiro quieta la respiración. Mínimos ajustes de la postura. Se libera una tensión. Hay una particular emoción en la piel. Una palabra guarda sus secretos en el interior de la garganta. La ropa se desliza por los hombros. Los pies se sosiegan. Un calorcito se concentra en las orejas. Por el aire trepan los olores cotidianos. Los párpados se sumergen en la humedad de los ojos. La brisa mueve el aire alrededor del cuerpo. Ella está allí precisamente.

_____ *Susana Kesselman* _____

Profesora en Letras, especialista en estudios sociológicos (Universidad de Buenos Aires), psicóloga social, psicodramatista, corpodramatista, eutonista.

En la actualidad trabaja como eutonista en tratamientos individuales y grupales (trastornos posturales, psicósomáticos, disfunciones varias, y también con músicos y artistas en general, que quieren mejorar su rendimiento). Es autora de numerosos artículos y ensayos publicados en revistas argentinas y extranjeras y codirectora de la colección *Cuerpo, Arte y Salud*, de la editorial Lumen.

¿Querés leer más de este autor?

Dinámica corporal, El pensamiento corporal, Los sueños en Talloires, Diálogos sobre lo corporal, Cómo afinar el cuerpo sin ir a California, Música y eutonía. El cuerpo en estado el arte.

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.



PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
CIENCIA y TECNOLOGÍA

Con la colaboración especial de

Mundial 
SILKEY
PROFESSIONAL